

ESCRITURA SAGRADA.

II.

Quæcumque scripta sunt, ad nostram doctrinam scripta sunt.

Todas las cosas que han sido escritas en los libros santos, para nuestra enseñanza se han escrito.

(ROM. XV, 4.)

El Apóstol exhorta á los cristianos, á que se proporcionen en los ejemplos y enseñanzas de la Sagrada Escritura, la paciencia y el consuelo en las tribulaciones, y la esperanza de obtener la eterna felicidad. Los judíos nunca ocultaron al pueblo los Libros santos, como los romanos ocultaban los vanos oráculos de las Sibilas, instituidos para fomentar su vanidad; los jóvenes y los ancianos, las mujeres y los niños, los reyes y los vasallos, los sacerdotes y el pueblo, todos debían tenerlos entre manos para aprender en ellos sus obligaciones, y descubrir en los mismos sus esperanzas. La Iglesia también nos recomienda su lectura para que de ellos saquemos la paciencia y el consuelo, y, por este medio, sostengamos la esperanza de conseguir la vida eterna.

Pero como no hay en la naturaleza, ni en el orden de la gracia, don alguno de que el hombre no abuse; por eso la Iglesia manda á los fieles, que en la lectura de las Santas Escrituras, se sometan á sus infalibles juicios, y no sigan las arbitrarias interpretaciones del juicio particular. En los tristes tiempos en que vivimos, abundan los espíritus soberbios que, suponiéndose tan ilustrados como sublime es la palabra de Dios, la interpretan, según las inspiraciones de su juicio privado, y en vez de someter su razón á la santa palabra de Dios, someten la santa palabra á su débil y degradada razón. ¡Lamentable extravío, de que han nacido todas las herejías y los más perniciosos errores! Ved, amados oyentes, lo que sucede entre los protestantes. ¡La Biblia! ¡La Escritura! ¡La palabra de Dios! Estas son sus frases sacramentales, su símbolo, su culto; pero, como rechazan la auto-

ridad interpretativa de la Iglesia, y no reconocen otra que la suya propia, particular, individual, por eso cada uno profesa diferente culto, é incurren en tantos errores, cuantos son los instantes de su velleidosa existencia. Es preciso precaver á los fieles contra tantas novedades, que tienden á dispersar el rebaño de Jesucristo; por eso voy á demostraros, que la lectura de las Sagradas Escrituras, sin sujetarse á la Iglesia, ántes bien rechazando su inviolable derecho de interpretación, en vez de nutrir y vivificar nuestras almas, al contrario, nos expone á una perdición segura. A. M.

1. En las Santas Escrituras todo coopera á persuadir al hombre, que no siga en su lectura su propia interpretación, sino que la busque en la Iglesia como columna y firmamento que es de la verdad. Los libros sagrados contienen la palabra de Dios, enviada al mundo para que éste conozca las relaciones que, en el orden providencial y sobrenatural, unen á los hombres con su Criador; pero esta palabra tiene, á veces, una significación tan alta y misteriosa, y su sentido está tan encubierto, que si el mismo Dios no comunica la sabiduría y su espíritu, nunca podrá entenderse. Para que el hombre pudiera entender por sí solo las Santas Escrituras, sería preciso, que hubiese una relación adecuada entre el que habla y entre el que entiende, que la sabiduría del hombre, aún el más estúpido, fuese infinita, como la de Dios. Cuando habla ó escribe un sábio, las dos terceras partes de los que le oyen ó leen, no le entienden; y ¿podremos lisonjearnos de entender la palabra de Dios los que somos, respecto de él, mera oscuridad é ignorancia? La palabra del hombre, limitada como los objetos á que se refiere, no se presenta siempre inteligible á otro hombre, ¿cuánto ménos ha de serlo, pues, á todos los fieles, sábios é ignorantes, la palabra del Señor, que con su sublimidad alcanza al cielo, con su profundidad al abismo, con su latitud á los confines de la tierra, y á toda la circunferencia del universo? Constituir al hombre juez de las Sagradas Escrituras, por su sentido íntimo, es decirle, que es igual á Dios; se comienza por hacerle soberbio, y la soberbia es el mayor obstáculo para la inteligencia de los santos Libros.

Los fariseos que, desde Jerusalem, fueron enviados á preguntar al santo Precursor, si él era el Mesías prometido, sabían perfectamente la letra de las Sagradas Escrituras; con todo, no la comprendían, ni entendieron á S. Juan. El eunuco de la reina Candace leía los libros de Isaias, y habiéndole preguntado S. Felipe, si entendía las palabras de este profeta, respondió: ¿cómo las he de entender, si alguno no me las explica? (Act. VIII, 31). A los discípulos que iban por el camino de

Emaus tuvo Jesucristo que explicarles las Escrituras, principiando desde Moisés. Los judíos no dejan de leer la Biblia; y, sin embargo, siguen en sus supersticiones, y están muy ajenos de la verdad.

Digno de notarse es, ciertamente, que cuando el Salvador hablaba á las turbas, por lo general, no decía: *leisteis*, sino *oisteis*, que se decía á los antiguos, como queriendo significar, que no por la lectura, pues, ni todos saben leer, ni todos, aunque supiesen, pueden comprenderla, sino por la tradición y por la ciencia, que guardan los labios de los sacerdotes para comunicarla á los fieles, han de aprender la ley y sus preceptos. Y al instituir Jesucristo su Iglesia, la hizo depositaria y maestra de la verdad, para que resolviese todas las dificultades, que las pasiones de los hombres de todo tiempo y de todo país pudieran suscitar, y mantuviese á todos los fieles en la unidad de la fé. Los pastores de la Iglesia, órganos infalibles del Espíritu Santo, bajo la dirección de Pedro, han ejercido siempre el divino poder de que se hallan revestidos, condenando las herejías que abusan de la palabra de Dios, arrojando de su seno á los que pretenden alterar el Evangelio, explicando en cánones especiales el sentido de los textos sagrados, y lanzando anatemas contra los que se niegan á reconocer su autoridad. Sus decisiones son irrevocables, y no admiten reforma, porque el Espíritu Santo les asiste, hasta la consumacion de los siglos.

2. El protestantismo, despues de sacudido todo yugo, ha entregado las Sagradas Escrituras á las arbitrarias interpretaciones del juicio privado. Necesariamente tuvo que obrar así, en el hecho de emanciparse de la autoridad católica. ¿Con qué derecho hubieran reclamado para sí los caudillos de la inaudita rebelion el poder, que ellos no quisieron reconocer en la Iglesia católica, tan antigua y tan autorizada con sus prescripciones de tiempo y de lugar, y tan ilustre por el número de sus sábios y de sus santos? Era lógico que, despues de tan injusta rebelion, el protestantismo no reconociese autoridad alguna infalible, y limitase todo su símbolo á la letra muerta de la Biblia y á las interpretaciones del individuo. Las Sagradas Escrituras y el individuo, sin autoridad suprema, sin interpretacion alguna, que suponga derecho de imponer creencias, hé aquí todo el protestantismo: hé aquí, diré mejor, la negacion de toda verdad, de toda ciencia, de todo culto. No hay error, por absurdo que sea, para el cual no se encuentre en las Sagradas Escrituras algun texto que parezca poder adoptarse. Los Basilidianos, en los primeros siglos de la Iglesia, sostuvieron, que el Salvador no tuvo más que un cuerpo aparente, porque san Pablo dice, que tomó *la forma* de siervo. Los Marcionitas, aprovechándose de estas palabras del mismo Apóstol: *el Dios de este siglo oscu-*

rece el espíritu de los infieles, admitieron un Dios bueno, autor del bien; y un Dios malo, autor del mal. Los Arianos, fundados en estas palabras del Hijo de Dios: *mi padre es mayor que yo*, sostuvieron, que Jesucristo no es Dios. Desde que se reconoce como juez para interpretar las sagradas letras *al juicio privado, al sentimiento intimo, á la inspiracion individual*, las controversias son interminables, y los errores se multiplican hasta lo infinito.

Supongamos, por un momento, que la Iglesia hubiese admitido en su seno como maestros y doctóres á los Arianos, que niegan la divinidad de Jesucristo; á los Marcionistas, que reconocen un Dios bueno, y un Dios malo, adorado, el primero, en la nueva alianza, y el segundo, en la antigua; los Pelagianos, que no admiten la gracia; los Maniqueos, que rechazan el libre albedrío, y tantos delirantes y fanáticos utopistas, como vemos entre los protestantes; en este caso, ¿qué seria de la Iglesia? ¿Qué seria de las Santas Escrituras? Como no habria Dios, si este Dios no fuese uno, tampoco habria Iglesia, si la Iglesia no fuese una. Con su unidad, la institucion católica viene atravesando la serie de los siglos, sin que la desalienten las luchas sangrientas con los tiranos, ni las discusiones más ó ménos pacíficas con los filósofos. Pero si desapareciese esa unidad, la Iglesia, se asemejaría al protestantismo, que no es una religion, ni una Iglesia, ni siquiera una secta; sino el individuo autorizado para discutirlo todo, y, por consiguiente, para dudar de todo. La misma palabra que, interpretada por la Iglesia, alumbra nuestros caminos, comunica la sabiduría á los pequeños, produce la fé, es principio de toda verdad, é instruye al hombre para toda obra buena, esa misma palabra, se convierte, en virtud de *la libertad de interpretacion*, en tinieblas para nuestro espíritu, en densa nube para nuestra inteligencia, y en ruina para nuestras virtudes. ¿Y es posible que para esto se nos hayan dado las Santas Escrituras? Para perdernos ¿habrá hablado el Señor? Para perdernos ¿habrá conservado con tanta solitud el rico tesoro de su santa ley?

Demos gracias, amados oyentes míos, demos gracias al supremo Dispensador de todos los dones, porque estamos unidos con indisolubles vínculos á la santa Iglesia católica, apostólica, romana, la columna y fundamento sobre el cual se sostiene la verdad. Huyamos siempre, como quien huye del basilisco que nos observa, ó de la víbora que se nos aproxima, de todo cuanto pueda separarnos de esta tierna y solícita Madre, de todo cuanto pueda inspirarnos repugnancia al yugo que nos impone, y odio á su divina autoridad. Huyamos, sí, todo esto; y no olvidemos, que los grandes errores, que vemos hoy propagarse en la sociedad, y que la amenazan de muerte, no tienen otro

origen que la excesiva soberbia de los hombres, que, en vez de someter su razon á la palabra de Dios, someten esta santa palabra á su inteligencia degradada.

Permaneced firmes en lo que habeis aprendido, y se os ha recomendado, sabiendo de quien lo aprendisteis; es decir, de la Iglesia, que, no de los hombres, sino del mismo Jesucristo lo aprendió. Ni de los filósofos, ni de los pensadores, ni siquiera de los sábios, ha recibido la Iglesia las enseñanzas que nos dá, y los preceptos que nos impone, sino del mismo Hijo de Dios, su divino fundador y maestro, que la prometió el Espíritu Santo para la interpretacion y conservacion de la verdad, hasta el fin de los siglos. Solamente de este modo tendreis alegría y paz en vuestra fé, y crecerá de dia en dia vuestra esperanza por la virtud del Espíritu Santo.

Espíritu divino, vuestra palabra nos hace conocer las relaciones que en el orden providencial y sobrenatural nos unen con vos; haced, pues, que nosotros permanezcamos siempre estrechamente unidos á la Iglesia, vuestra Esposa. De este modo estaremos á salvo de los errores; las verdades reveladas formarán nuestras delicias en la tierra, y despues nos conducirán á la eterna mansion de la gloria.

ESCRÚPULOS.

Pro vobis!

La paz sea con vosotros!

(Luc. xxiv, 36.)

Ya sabeis, amados hermanos míos, que nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio, se complacia en repetir con frecuencia á sus discípulos estas dulces palabras: La paz sea con vosotros. Hoy vengo yo á decíros las en su nombre. ¡Cuán dichoso fuera yo, si con ellas y con el auxilio de la divina gracia, pudiese la paz descender tambien sobre vosotros! Un hombre que, en la fuerza de su edad é instruido particularmente en su religion, manifiesta siempre y en todas partes una angustia indecible, se decidirá, por fin, á hacerme una visita.

Apenas se sentará, le verá agitarse: será presa de la más violenta turbacion, y estará para caer al impulso de sus convulsiones. ¿Quién será? ¿Algún pecador acosado de remordimientos? No; hermanos míos, será un justo, un amigo de Dios. ¿Estará enfermo ó loco? Ni lo uno ni lo otro. Ese hombre tendrá una conciencia forzada, falseada, una conciencia cansada de sí misma en su continua lucha contra los escrúpulos y tentaciones. ¡Ah! amados hermanos míos, ¡cuántas conciencias están así, más ó ménos turbadas, y cuánto importa saber formar la conciencia! Vosotros, que muchas veces os deteneis en medio de vuestros actos por temor de caer en pecado, ó, tal vez, con la duda de que habeis ofendido á Dios, ¿por qué os turbais de tal manera? Porque no sabeis formar vuestra conciencia. Cuando os asalta la tentacion, ¿por qué al punto os desconcertais y desmayais, como si ya estuviérais vencidos? Porque no sabeis formar vuestra conciencia. Vosotros, atormentados por los escrúpulos, ¿por qué acabais, hallando penoso el yugo de Dios? Porque tampoco sabeis formar vuestra conciencia. Y vosotros, los que estais sumérgidos en un mar de dolores, que os desesperais, y luego caeis en pecado, ¿por qué añadís tan gran mal á tantos males? Porque tampoco sabeis formar vuestra conciencia.

Hoy, amados hermanos míos, averiguaremos cuál es la conciencia que debemos formarnos, cómo debemos formarla; y, en seguida, cómo debemos conducirnos en medio de los escrúpulos, que sobre tantas conciencias pesan. Lo repito, hermanos míos, la paz sea con vosotros. Jesucristo es llamado el príncipe de la paz; su Iglesia es la ciudad de la paz; su Evangelio es el Evangelio de la paz. Y si alguna vez nuestra palabra va á turbar una conciencia pecadora, solo es para darle la paz. La paz sea con vosotros, hermanos míos; paz á los hombres de buena voluntad. Traed, pues, vosotros, la buena voluntad. A. M.

1. Primeramente sepamos, hermanos, lo que es la conciencia. La conciencia es el juicio práctico de nuestra inteligencia, que nos permite ó prohíbe tal ó cual accion que ejecutamos ó vamos á ejecutar. Mi conciencia es verdadera, si me permite ó prohíbe una accion verdaderamente permitida ó prohibida. Por consiguiente, si mi conciencia declara en mí permitida una accion prohibida, mi conciencia es falsa; y si acontece que mi conciencia declara en mí, sin sospecha de error y con firme adhesion, permitida una accion, que está empero prohibida, mi conciencia es falsa, pero cierta. Por el contrario, en otro caso, yo sospecho el error: mi conciencia no está